



Sábado Santo

Queridos hermanos,

La primera respuesta de los suyos ante el hecho de la resurrección del Señor Jesús es un asombro desconcertado y luego la alegría, el entusiasmo y el compartir gozoso, que será a continuación proclamación del Evangelio.

Esto fue así en los inicios en Jerusalén y sigue siéndolo hoy. Nuestro primer sentimiento es la alegría incontenible por esta victoria, al tomar conciencia de que aquellos que amamos y todos, pequeños y grandes, resucitarán, no quedarán olvidados en la oscuridad, podrán colmarse de vida y de gloria.

Y exclamamos, con Job: Yo sé que mi redentor vive, que se ha levantado sobre el polvo, y que yo mismo veré a Dios, mis propios ojos lo verán[1]. El corazón se llena de gozo por la certeza de que nada está abandonado, de que no se perderá el rostro tan querido, ni ninguna belleza y ningún bien; que no quedará sin respuesta ningún dolor o lágrima de este mundo. Resucitó de veras “nuestro amor y nuestra esperanza”.

[1] Cf. Job 19, 25-27

Cristo el Señor, crucificado y muerto contra toda justicia, que había despertado la esperanza más creíble que hubo nunca, para ser una vez más sepultada por la violencia y el cinismo del mundo, ha resucitado verdaderamente y resplandece ya como una luz nueva, como vida invencible que ilumina el destino y la vida de los hombres, el universo entero.

Esto es lo auténticamente decisivo, de lo que depende nuestra fe: Jesucristo ha resucitado de hecho al tercer día. La realidad de este acontecimiento es lo que de verdad importa, la novedad radical que se introduciría en nuestro mundo. Al final, cada uno toma posición, desde su libertad íntima, ante esta Buena Noticia que nos alcanza en la vigilia de Pascua, ante el anuncio de un hecho incomparable, que sólo podría ser obra de Dios todopoderoso y que sólo como tal es posible aceptarlo: Cristo murió en la cruz –está claro– y resucitó al tercer día según las Escrituras –es nuestra fe, en Dios que resucita a los muertos.

Pero como la resurrección anunciada sobrepasa la experiencia que nos es accesible en el mundo, aunque corresponda al anhelo del alma de todos, no tenemos modo de imaginarla, ni podemos deducirla de ningún proceso natural. La tendencia al escepticismo encuentra en ello una base; junto con el temor de que bien tan grande y suerte semejante no sea al final más que un sueño. Y así, en vez de permitir que este acontecimiento cambie los horizontes de la existencia, cabe responder que fue sólo un delirio, un fantasma o un “espíritu”, seguramente imaginados; u ofrecer alguna otra explicación que podamos hipotetizar según nuestra cultura.

Pero no. El anuncio es claro y preciso: Aquel que murió en la cruz, el mismo, con toda su humanidad, cuerpo y alma, con los signos visibles de la misión cumplida y del amor vivido, es quien ha resucitado al tercer día. La persona de Jesús, ninguna otra, se levantó glorioso de entre los muertos; sólo Él hizo que el hombre surgiese de lo más hondo del sepulcro, como el primogénito de muchos hermanos.

Por eso, Él mismo será quien pueda ayudar a sus discípulos a creer, quien se les aparece, les recuerda su caminar juntos en Galilea, revive la amistad compartida; quien les explica el cómo y el por qué de lo sucedido en Jerusalén.

Precisamente por ser real, la resurrección de Jesús se revela afectando a la historia vivida. Ninguna persona sería real sin biografía, sin relaciones con Dios y con los hombres, sin una misión y un destino en la vida.

Y así, Jesús, resucitando, lleva a cumplimiento su historia personal, su misión y su obra; y renueva la unidad con los suyos, destinada ya a durar para siempre y que ellos van comprendiendo y relejendo en la compañía renovada de su Señor ahora glorioso, a la luz de lo sucedido en la noche de Pascua.

A esta unidad con Él quiere Jesús llamar al mundo entero, invitándolo a compartir su vida y su destino glorioso por medio del bautismo.

Este es el mismo modo en que nosotros podremos ser también testigos de la resurrección. Creceremos en certeza, en fe y en esperanza, comprendiendo y conformando a la luz de la presencia del

Resucitado nuestra historia, nuestra inteligencia de la vida, del futuro, de lo que es bueno, digno, valioso, llamado a permanecer.

La verdad de la resurrección resonará así iluminando nuestra existencia, dando consuelo y fortaleza a nuestro corazón; cambiando nuestra mirada sobre el prójimo y sobre nuestros seres queridos, y llenándola de la alegría y el respeto de quien los sabe llamados por Dios a la vida para siempre.

Y haciendo posible que vivamos unidos, como discípulos del Señor, que tienen el gusto y la necesidad de caminar juntos, de poner en común el entendimiento de las cosas de la vida, y los recursos y la compañía para afrontarlas.

De esta manera, nuestro amor fraterno, nuestra unidad como Iglesia, como discípulos del Señor, serán signos en la historia de la esperanza inmensa de la resurrección. También para nosotros es necesaria esta experiencia y este testimonio, para que nos confirmemos cada vez más en la verdad de nuestra fe, en la certeza de que Jesús ha resucitado y es nuestro Salvador.

Y así, mirando a la realidad de nuestra Iglesia concreta, de las parroquias de nuestra tierra, de las generaciones de nuestros padres, como a una gran corriente de humanidad, llena de fe y de esperanza, de caridad y de cuidado mutuo; mirando la grandeza creyente, colma de gracia y de amor verdadero, de los mejores de entre nosotros; y en nombre de nuestra propia fe, de la esperanza de nuestro corazón, que sentimos verdadera en lo más hondo, por gracia de Dios nosotros confesamos hoy de nuevo llenos de alegría: es cierto, Jesús verdaderamente ha resucitado y camina delante de nosotros, hacia la patria verdadera.

Nosotros creemos en Él, y en su Padre y nuestro Padre, que con Amor eterno nos ha dado tal vencedor del mal y de la muerte, tan grande Salvador.

Nuestra fe, que nace definitivamente en la noche de Pascua, no podrá ya nunca dejar de cantar el "Aleluya" que lleva en lo íntimo; de proclamar con toda la creación y en toda circunstancia, hasta que se cumpla plenamente al final de los tiempos: hermanos, Cristo ha resucitado, amémonos unos a otros, y "alegrémonos, gocemos y démosle gracias" a Dios[2].

Que así sea.

Alfonso,
Obispo de Lugo

[2] Ap 19,7